



EPISTOLA DEL GUERRILLERO.

José Luis Alonso Vargas

El amor es el objetivo esencial del ser humano, la cumbre de la liberación, el estado perfecto y natural del hombre y la mujer. El hombre y la mujer encuentran en el amor la recuperación de la naturaleza humana.

Los revolucionarios funden el amor particular al de toda la humanidad; trasladan a la lucha social las energías liberadas.

El amor entre los revolucionarios es integración moral y política, además de la sublime integración física; existe en tanto existe la militancia. El amor se convierte en costumbre social y en actos mecánicos cuando abandona las trincheras rebeldes y se particulariza en los problemas hogareños.

Los revolucionarios repudian la antigua sumisión de la mujer al hombre, porque la desigualdad es el principio del odio. En la revolución se comparten por igual las alegrías y las penas las tareas difíciles y las acciones sencillas, el hambre en las persecuciones y la austeridad en el reposo.

No existe el sexo débil, ni la inferioridad física eterna, esas son herencias de la opresión del régimen de propiedad privada: El amor revolucionario destruye los prejuicios y finca las bases de la suppración paralela.

El desarrollo y la superación Permanente de la pareja como un solo ser, es lo único que da la posibilidad de elevar cada vez más la intensidad del amor hasta límites insospechados. El estancamiento de una de las partes es el principio de la destrucción del amor conquistado y el camino más corto a la enajenación de todo tipo.

El amor, como la revolución, es un deber. que todo revolucionario cumple puntualmente, a costa de todos los sacrificios. La pareja revolucionaria es un peligro para el sistema que muere, porque representa la nueva vida, los gérmenes de la nueva sociedad, el espíritu del hombre nuevo.

La felicidad de un hombre y una mujer enamorados es, en la revolución, un motor que acelera la marcha y una antorcha que ilumina el camino. El amor de los revolucionarios es peligroso porque es contagioso; su ejemplo cunde y se multiplican los hombres liberados.

El amor nos da la vida como también nos da la muerte. La vida adquiere un valor incalculable cuando el amor la enciende, cuando la revolución le inyecta proyecciones históricas y cuando los oprimidos se identifican con su acción transformadora. La muerte inevitable, bienvenida sea, siempre que sea digna y trascendente.

¡AMOR Y REVOLUCION O MUERTE!

PABLO MARTINEZ PEREZ.

Tomada de mi libro de Memorias 1945-1979, con la siguiente presentación:

LXXXII. Epístola del Guerrillero.

La situación en la Penitenciaría se había vuelto tan distendida y relajada que a Rascón llegó a ocurrírsele que podía y debía casarse lo más pronto posible.

Algunos no lo creímos, al principio. No tanto por Rascón, sino por la novia y los familiares. Tenía que tratarse de un verdadero amor y no sólo de admiración profunda o ganas de realizar una acción solidaria con un guerrillero. Si se analizaban todas las futuras consecuencias, sólo un amor muy profundo podía llevar al sacrificio de casarse en aquellas condiciones. Cuando menos, esos eran nuestros razonamientos en aquel momento.

En vísperas del matrimonio civil, Rascón llegó muy emocionado a mi celda y, abriendo excesivamente los ojos, me confirmó que ya todo estaba listo para que un juez los casara, al día siguiente.

Después, se tornó serio y reflexivo:

- Lo malo es que me van a leer la pinche Epístola de Melchor Ocampo.
- Si – le dije. A mí me la leyeron cuando me casé, pero ni caso le hice, por la emoción de terminar mi soledad de estudiante y profesor, en la Ciudad de México y, sobre todo, de llevarme a la mujer más hermosa del mundo a vivir conmigo eternamente...

Pero ahora el caso era distinto. La lectura de aquella pinche epístola adquiría para nosotros connotaciones políticas. Había que replicar y actuar como lo hicieron los guerrilleros en la película “La batalla de Argel”. Por eso redacté nuestra propia epístola. Se la leí en un acto especial y la firmaron todos los asistentes, en solidaridad.

A partir de ahí se consolidaba un paradigma respecto a las relaciones amorosas de un revolucionario. Adoptarlo a no era el dilema. Seguirlo íntegramente, o en partes, era cosa de la práctica amorosa de cada quien. Por lo pronto, aquello de que la mujer le debe obediencia al hombre, y éste la debe mantener hasta que la muerte los separe, se iba al bote de la basura. La fidelidad, también cambiaba de sentido. La monogamia, la bigamia, la poligamia y muchas cosas más serían revisadas bajo el lente de esta Epístola del Guerrillero.

La revista Siempre la publicó íntegramente a principios de mayo del '72, junto con la foto en el momento en que se las leía.